

Formación docente continua frente a los cambios educativos

¿Cómo responder a los constantes desafíos educativos en un mundo cambiante si no se transforma también la forma de enseñar? Esta es una pregunta esencial para quien se forma como educador, especialmente en el nivel de la primera infancia. La realidad actual exige docentes flexibles, reflexivos y actualizados, capaces de reinventarse a medida que las necesidades de los niños y las niñas evolucionan, al igual que los contextos familiares, culturales, tecnológicos y sociales.

Según Noro (2010), la formación docente continua no es solo una estrategia para mantenerse al día, sino una responsabilidad profesional y ética. La educación no es estática. Los avances científicos, las transformaciones sociales y los desafíos globales (como la inclusión, el cambio climático, la digitalización y la diversidad) exigen de los educadores una actitud abierta al aprendizaje constante. En este sentido, la formación continua permite resignificar la práctica, adaptarse a nuevas metodologías y comprender las necesidades actuales de los estudiantes.

Uno de los pilares de la actualización docente es el desarrollo de competencias pedagógicas, tecnológicas, socioemocionales y de investigación. Ya no se trata únicamente de dominar contenidos, sino de saber cómo enseñar, cómo evaluar de manera justa, cómo generar ambientes significativos de aprendizaje y cómo acompañar emocionalmente a los niños y las niñas desde sus primeros años.

Además, es importante considerar que la formación continua debe tener un enfoque situado y reflexivo. No se trata solo de acumular certificados o asistir a cursos, sino de transformar la experiencia en conocimiento pedagógico que impacte directamente en el aula. Para ello, es fundamental que el proceso de actualización incluya espacios de diálogo entre colegas, análisis crítico de la práctica, participación en comunidades profesionales de aprendizaje y construcción colectiva de saberes.

En educación infantil, la formación constante permite fortalecer el conocimiento sobre el desarrollo infantil, las actividades rectoras, el diseño de ambientes educativos enriquecidos, la educación inclusiva, la atención a la diversidad y el trabajo articulado con las familias. También permite repensar el rol del juego, la expresión artística y la exploración como caminos de aprendizaje, reconociendo que los niños y las niñas aprenden con el cuerpo, los sentidos, las emociones y la imaginación.

Por otro lado, el docente que se forma de manera continua no solo mejora su práctica, sino que también se cuida y se fortalece como sujeto educativo. La actualización permite renovar el sentido del trabajo pedagógico, prevenir el desgaste emocional, recuperar la pasión por educar y conectarse con los cambios del mundo desde una mirada crítica, creativa y esperanzadora.

Reflexionemos

- ¿Qué temas y habilidades deberían estar en el centro de la formación continua de un educador infantil en la actualidad?
- ¿De qué manera puede garantizarse que la formación tenga un impacto real y transformador en la práctica pedagógica?